



EL DEFENSOR

DEL BELLO SEXO.

Periódico de literatura, moral, ciencias y modas, dedicado exclusivamente á las mugeres.

ANÁLISIS DE LAS MUGERES.

(Continuacion).

Para demostrar que las mugeres no poseen la fuerza de invencion de que hablamos en nuestro anterior artículo, basta observar, que entre las muchas obras escritas por ellas, de varios géneros ya poemas, ya novelas, no se encuentran, salvo raras acepciones, las creaciones originales y sublimes, las ideas profundas é intrigas

combinadas que sobresalen en otras de la misma clase escritas por hombres, no reputados como notabilidades.

Se ve generalmente que las pasiones mas desarrolladas en la muger, son la devocion ó el amor, y sin embargo, en el considerable número de las dominadas por la primera, ¿ha habido alguna que haya concebido la idea de algun sistema religioso? No. Las emperatrices Irene y Teodora restablecieron el culto de las imágenes

en Grecia. Santa Elena, contribuyó poderosamente á que su hijo Constantino abrazase la religion cristiana, y santa Teresa de Jesus, y otras fundadoras de las órdenes religiosas, han escogitado un medio de perfeccionar el culto; pero estas invenciones no son creaciones, sino la modificacion de un sistema. A la imaginacion de las mugeres no se ha presentado la idea de la existencia del ser supremo y sus eternas leyes: solo han procurado agradarle. Porque, y fuerza es confesarlo, hay concepciones que exigen grave y profunda observacion y fuerza de entendimiento, cualidades que no han cabido al sexo encantador nacido para la ternura, la bondad y las gracias.

Nosotros acatamos y respetamos las mugeres, sin concederles empero cualidades de que carecen; procuramos juzgarlas y las apreciamos tales como son, deseando valgan aun mas de lo que valen, y por eso añadiremos que tampoco poseen en general elocuencia ó poesia, cuando estas tienen por objeto los sentimientos profundos é ideas sublimes y enérgicas. Eloisa y Safo, son las únicas que han descrito con exactitud el amor, y sin embargo no han hecho otra cosa que hablar de la pasion que sentian, lo que es bien facil con un mediano talento, pues que al hablar de un sentimiento de que estamos poseidos, lo hacemos con espresion, y energía. Por esta causa, Safo y Eloisa no han pintado sus propias pasiones con la fuerza y profundidad que resaltan en las de Fedro y Didon.

No hemos dicho bastante, y acaso sea demasiado sobre la imaginacion de la muger, y se nos permitirá discurrir un poco acerca del enlace de sus ideas. Su excelente y esquisita sensibilidad es para ellas un fecundo manantial de ilusiones y

errores, y asi es que suelen á menudo confundir las opiniones con los juicios, y propenden á unir ideas que ningun enlace tienen entre sí. Habiendo visto Friné en Corinto unos lacedemonios, á quienes pareció no llamaba demasiado la atencion su belleza, dedujo que Licurgo y sus leyes no hacian sino necios, en vez de sábios. Cualquier jóven con mediana figura y deseos de agradar á las mugeres, lo conseguirá fácilmente, y aun le encontrarán mil bellas cualidades, careciendo de todas. Segun la impresion del momento, así forman el juicio de las cosas y obran en armonía con aquellas ideas adquiridas superficialmente.

Los manjares que les agradan, los tienen por sanos: lo que les lisongea, lo reputan útil; lo que las recrea, no imaginan pueda dañarlas. Sujetas al imperio de las ilusiones, estas influyen sobremana en sus juicios, cambian sus odios ó afectaciones, y hacen que rara vez dominen con fijeza estos sentimientos. Son generalmente hablando menos consecuentes que los hombres, quienes tampoco son lo suficiente. La locura en estos es fija y sistemática, al paso que la de las mugeres es aislada, y si bien estan mas espuestas á sufrir esta fatal enfermedad, suelen sanar con mas frecuencia que los hombres, en quienes es mas incurable. La muger disfruta de las ilusiones que la ofrecen en el objeto de su goce todos los encantos y delicias que se lo pueden hacer mas agradable. Esto consiste en que confian menos que los hombres en las fuerzas de que les ha dotado la naturaleza, y en la seguridad de hacer un libre uso de ellas.

Vicente Rodriguez Garcia.

En el *Español* del 21 del corriente leemos lo que sigue:

«En este momento se está representando en la audiencia territorial de Burgos un drama parecido al que en el año de 1798 tuvo lugar en la sala segunda de alcaldes de corte, con motivo del asesinato del comerciante D. Francisco del Castillo, que hizo subir al cadalso á su esposa y al amante de esta.

En la noche del 3 de enero del presente año, José Díez Moreno, criado de don Valentin Lacosta, dió parte al cura y al alcalde de Tardajos, pueblo pequeño del partido judicial de la ciudad de Soria, de que en la casa de su amo habian entrado con objeto de robarla dos ó tres hombres desconocidos y le habian dejado muerto en su propia cama. Acudieron inmediatamente el párroco y el alcalde, y con efecto encontraron al Valentin tendido sobre su cama y todo anegado en la sangre derramada por tres heridas mortales que en el cuello tenia.

Instruidas las primeras diligencias, refirieron unánimemente la viuda del difunto, el antedicho criado y una criada, únicas personas que residian en la casa, que habian entrado dos hombres desconocidos y que ellos habian sido los asesinos del Valentin. Mas como no apareció vestigio alguno de robo, y por otra parte se encontraron unas alpargatas manchadas de sangre, fueron puestas en arresto las tres personas indicadas. Por espacio de algun tiempo insistieron estas en sus primeras declaraciones; pero luego han venido espontáneamente á referir el hecho como vamos á esponerlo.

Segun resulta del proceso, entre José Díez y la viuda de Lacosta, existian de tiempo atrás relaciones amorosas. Esta habia escitado en diversas ocasiones al Díez para que le ayudase á asesinar á su marido, y lo habia hecho con tanto empeño, que, cierta noche en que éste se hallaba durmiendo, llegó hasta ponerle á aquel un puñal en la mano. Siempre habia resistido Díez á estas escitaciones; pero en la noche de la desgracia, despues de haberse acostado el marido, armóse su esposa de un cuchillo de matar cerdos, repitió

con esfuerzo las escitaciones á su amante, y subiéndole por la mano al cuarto donde el infeliz esposo dormia, se dirigió á la cabecera de la cama, y una vez y otra hundió el puñal homicida en la garganta de aquel infeliz, sin darle tiempo mas que para invocar dos veces al Dios de las misericordias.

El criado dice que permaneció pasivo espectador de la catástrofe, y que al acercarse al cadáver fué cuando se le mancharon de sangre las alpargatas que llevaba puestas, y que eran las mismas que se habian encontrado en la casa. Cometido el delito, bajáronse los dos amantes á la cocina, y dieron á la criada la noticia de que ya estaba muerto D. Valentin. Entonces la viuda en presencia de los dos criados limpió el puñal, se lavó las manos y el delantal que traia manchado de sangre, y allí mismo fraguaron todos el cuento de la entrada de los ladrones que habia de servir para alejar de sí toda sospecha de culpabilidad.

A pesar de las terminantes declaraciones de los criados, siempre la viuda habia insistido en su negativa, sosteniendo la entrada de los ladrones, pero en la confesion con cargos no supo ya qué contestar y declaró que no sabia quién cometió el asesinato de su marido.

El juez de primera instancia de Soria condenó á la pena ordinaria de muerte en garrote vil á la espresada viuda y á su cómplice José Díez Moreno, mandando que se encubasen sus cadáveres y fueran arrojados al rio Duero, inmediato al pueblo de Tardajos, y á la criada le impuso dos años de reclusion.

Consultada esta sentencia á la audiencia del territorio, se espera pronto el fallo que resuelva un negocio tan digno de ocupar la atencion del público.»

Hemos visto causas de delitos atroces; hemos tenido ocasion de despachar algunos; hemos leído las llamadas célebres; pero confesamos que jamás nos ha causado una impresion mas profunda la idea del crimen, como al leer las cortas líneas

que anteceden. Desearíamos que el corresponsal que da la noticia, se extendiera mas acerca de los antecedentes y circunstancias particulares que han jugado en este sangriento drama, puesto que no podemos formar un juicio exacto del grado de perversidad de corazón de la malaventurada viuda de Lacosta. No obstante, lo que ha dicho el corresponsal de *El Español*, basta para persuadirnos que la muger que fué del infortunado Lacosta es un monstruo.

Concebimos que en la exaltación de una pasión se salven las vallas de los mas sagrados deberes, y se rompan y hagan trizas los vínculos mas fuertes y dignos de consideración y respeto; pero asesinar á un marido que dormía descuidado y tranquilo en el lecho conyugal bajo la salvaguardia del cariño que debía prometerse en la que eligiera por compañera, y de la vigilancia de sus criados, esto espanta y hiela la sangre en las venas; ponerse en seguida á limpiar el cuchillo homicida, á lavarse las manos y el delantal, y á combinar el plan que, á juicio de los actores de tan horrorosa escena, habia de salvarlos, esto, á la verdad, no atinamos con su verdadera causa. ¿Será que el Ser Supremo se cansara de la infame y villana conducta de estos adúlteros, y los cegase hasta el extremo de precipitarlos en un abismo insondable, para que purgaran tan feo delito? ¿Será que el génio del mal se complazca en presentar de vez en cuando estos hechos que nos sorprenden, alarman y llenan de estupor? ¡Qué crimen gran Dios!!!... ¡Qué crimen! Mientras el infeliz asesinado os invocaba en su auxilio, cruzaban ya sin duda por la mente de sus verdugos las ideas que emitieron despues en el infernal conciliábulo que celebraran para ponerse á cubierto de la justicia humana.

La causa de José Díez Moreno y consortes es, sin disputa, mas grave, y concurren en ella circunstancias mas agravantes que en la de doña Antonia del Castillo. En la de esta, que leímos diez años ha, y que no tenemos á la vista en este momento, si no nos es infiel nuestra memoria, se observa que la Castillo se desmayó en la cocina ó habitación en que estaban sus criados, aunque en aquel proceso se le dió el carácter á este accidente de ficción, y se dijo que con él se propuso la doña Antonia evitar que sus sirvientes acudieran á las voces de auxilio que daba su infeliz marido, mientras era cosido á puñaladas. Como es fácil inferir, se advierte la imposibilidad de calificar de una manera incontrastable, si el desmayo fué ó no supuesto. De cualquier modo, doña Antonia del Castillo no manchó sus manos en la sangre de su marido. No así la muger de Lacosta, que condujo de la mano á su amante al cuarto del infortunado marido, y porque se negaría á ejecutar el atentado, lo consumó ella.

La causa da estos acontecimientos, es generalmente la falta de concordancia en los caracteres de los que se enlazan, y los cálculos de egoismo y ambición que deciden las mas veces la suerte de los que abrazan el estado del matrimonio. De aquí la necesidad de que tanto el hombre como la muger obre con pulso y circunspección al jugar á un albur la felicidad ó la desgracia de toda su vida.

Hoy nos ocupamos y referimos un crimen que afortunadamente no tiene muchos iguales, cometido por una persona del sexo, cuya defensa con tanto entusiasmo hemos abrazado; pero en honor de la verdad podemos asegurar, que como la desgracia persigue á la muger en todas las

situaciones de su vida, es mayor el número de las envenenadas, ahogadas y asesinadas por sus maridos que el de las represas de que usa á su vez la muger.

JOSÉ DE SOUZA.

UN AMOR DE BALCON. (1)

III.

Amalia de Castelmorante á Margarita Gerbier.

Y bien, mi querida amiga; yo tambien me caso, y con un jóven grave, sin vigotes y abogado ademas, sin que haya precedido un amor de balcon, sin haber soñado en cabellos blondos y guantes amarillos. Quizás vas á decirme que tengo mucha prisa de que me llamen señora en vez de señorita..... Pero ¿qué quieres? Tengo miedo de quedar soltera como le ha sucedido á tu tia. Por otra parte, yo no sueño sino pienso ... y como ha sido mi madre, mi buena madre la que me ha presentado este esposo, le he aceptado sin melindres. He salido del colegio para hacer las galas, y me encuentro en casa de mi madre, á donde me dirigirás tus cartas. Aunque mi madre no conoce á M. Gerbier, sabe la amistad que nos une, y por lo mismo tú y tu familia recibireis una esquila de convite para que asistais á la ceremonia religiosa, que se verificará en la iglesia de la Magdalena. Por la noche habrá baile en casa de mamá, y espero que para esta época los paseos del desconocido habrán tenido un resultado; que sabras su nombre, y que me lo presentarás como tu futuro.... sino como tu esposo.

Adios. Mientras tanto tenme al corriente de todas las peripecias de tu drama. ¿A dónde llegais ya? ¿Se aproxima el desenlace? ¿Se ha levantado ya el telon para el quinto acto, cuya última escena representa un salon, en donde se ven todos los preparativos matrimoniales; tu padre á un lado, tu tia al otro tú en medio y el desconocido á tus pies?

Adios, loquilla, y recibe mis abrazos.

(1) Véase el núm. del 5 del corriente.

IV.

Margarita Gerbier á Amalia de Castelmorante.

¿Con que tu madre te presenta un esposo, le aceptas tú, se hacen las galas, se prepara la boda, y serás la señora de..... (todavía no me has dicho el nombre de tu futuro) sin haber sufrido todos los tormentos de un amor contrariado?.... Esto, amiga mia, es estúpido!.... En fin, tu madre lo quiere, tú lo quieres, él lo quiere.... yo lo quiero tambien. Cásate, cádate, pobre niña. Sé feliz, sin haber comprado tu felicidad con siglos de tormentos. Tu romance está concluido sin haber empezado.... no hablemos, pues, mas de tí.

Hablemos de mí, cuya existencia es una série de contratiempos que no sé como tengo valor para sufrir. Nada te diré de los tres partidos que he rehusado esta semana (un notario, un negociante en vinos, y un gefe de mesa en el ministerio de la Gobernacion), porque todo esto maldita la importancia que tiene. Hablemos del desconocido; del desconocido, sí, porque todavía lo es. Sigue paseándose como antes: lo que hacia un mes há, eso mismo continúa haciendo. Esto no avanza ni una línea, y si es necesario confesártelo.... me va pareciendo demasiado largo, mi querida Amalia.

Antes de pasar adelante debo contarte una aventura que prueba bien, que no se debe confiar en los hombres; que son todos inconstantes, falsos, disimulados.... pero, escucha.

Nuestra casa tiene tres pisos. En el tercero vive con su muger un mercader en maderá, retirado: el marido está muy enfermo, y su esposa no recibe á nadie. En el segundo vivimos nosotros; y en el tercero la señora de Senange, en cuyo cuarto se reunen todas las noches una multitud de sobrinos y sobrinas. Aunque esta señora es ya vieja le gusta la juventud; aunque está impedida, quiere que la diviertan: en una palabra; bailamos en su casa todas las noches. Uno de sus sobrinos llamado Alfredo Deville se enamoró de mí. El me lo confesó; pero daba unas muestras tan claras de ello, que aun sin esta circunstancia lo hubiera conocido, como las demas señoritas, las cuales se lo decian unas á otras por lo bajo. En efecto, si jugábamos á juegos de prendas, siempre suspiraba por mí; si bailabamos, siempre era yo la primera á quien invitaba á bailar; y esto ademas de decirme continuamen-

te á media voz.— «¿Cómo sigue V? — ¡Con qué gusto viene V. vestida! — ¿Bajará V. mañana en casa de mi tia?» En fin cosas de esas que son naturales en la apariencia, y que al parecer no significan nada, pero que tienen una alta importancia ¿no es verdad mi querida Amalia? y de la cual comprendes tú todas las consecuencias.... Pues bien, como ves, yo tenia derecho para creer que este jóven estuviese perdidamente enamorado de mí; y aun te confesaré que no me desagradaba, y que pensaba ya dejar descansado á mi bello desconocido casándome con Alfredo; cuando ayer, si, Amalia, ayer tarde la señorita de Lenange nos anuncia que él se casa con su prima Amelia, una jóven muy buena, lo confieso, pero en la cual no fijaba su atencion; á la que raramente invitaba á bailar, y por la cual no le he visto hacer ninguno de esos alardes de talento que hacia cuando me dirigia la palabra. Fíate en los hombres, mi querida Amalia, ya no se puede creer en nadie.

Adios: compadécete de mí, porque aunque no tengo mas que diez y siete años, he sufrido ya muchas decepciones.

V.

De la misma á la misma.

Amalia, Amalia; lee, lee pronto y dime lo que significa esto. Estoy absorta, anonadada, muerta; no concibo, no adivino, me pierdo en conjeturas; no pienso ya á fuerza de pensar; daría mi vida á quien me entregase la clave de este enigma. ¡Cuidado con que te distraigas! — Acababa de entregar á Gertrudis la carta que te he escrito esta mañana, para que la llevase al correo, cuando por una de esas casualidades que son como un presentimiento, como una segunda vista, me aproximé á la vidriera del balcon, cuyo visillo levanté maquinalmente y sin ninguna intencion, porque no era aquella la hora en que acostumbra á pasearse, y.... le vi delante de mí, inmóvil. Apenas me presenté sacó una carta del bolsillo de su chaleco y me la enseñó.... Tan admirada como aturdida, sentí que una nube pasaba por mis ojos, que se cerraron á impulsos de una fuerza desconocida. Cuando volví á abrirlos, su audacia se habia aumentado: con sus gestos, con sus miradas me pedia permiso para subir. Juntaba las manos, suplicaba, me enseñaba la carta.... y yo inmóvil, clavada en mi sitio, no sabia qué hacer ni qué resolver.... Gertrudis habia salido; á no ser asi, me hubiera valido de ella para cal-

marlo. Una vez entregada la carta á Gertrudis, se la habria yo llevado á mi padre y sabrianos el nombre y el rango del que pedia mi corazon y mi mano. Estaba pensando en declararme á mi tia, cuando de repente ví á mi desconocido dar un salto de alegría y precipitarse hácia casa. En el mismo instante llamaron á la puerta de nuestro cuarto....

¿Qué hacer? Ya comprenderás mi perplejidad, Amalia: estaba sola para abrir la puerta.... me decidí á salir. El corazon me latia con tanta fuerza que me cortaba la respiracion y me impedía andar; mi vista estaba tan turbia que no acertaba con el picaporte, y era tal el temblor de mi mano cuando le encontré que mis dedos no podian levantarlo. En fin, abrí la puerta.... ¡No era él!.... Era uno que preguntaba.... ¿por quién? lo ignoro. No le entendí; no le oí; porque sentí que subian la escalera.... Era el desconocido; mi corazon me lo decia: ya está en nuestro piso cerca de mí; me saluda, se pasa;.... ¿Me ha mirado ó no me ha mirado? ¡Qué se yo!...., pero sigue subiendo....

Me vinieron impulsos de decirle á gritos.... ¡Qué es aquí!.... y aun no sé si lo hice asi, y sin aliento, sin fuerza me puse á esperar que bajase, porque en el cuarto tercero no habita nadie mas que el comerciante en maderas retirado y su muger. Un hombre tan distinguido como el desconocido no debe tener relaciones con ellos. Sin embargo, siguió subiendo; tocó la campanilla, abrieron la puerta, hablaron, mediaron sin duda esplicaciones; despues.... la puerta se cerró. Creí que bajaria al momento; me pongo á escuchar, espero.... Esto hace ya dos horas, mi querida Amalia; acabo de escribirte, y escucho y espero todavia;

(Se continuará).



UN PASEO POR LOS TEATROS.



ANTES de comenzar á poner artículos de revistas, creemos oportuno dedicar algunas líneas á emitir nuestra humilde opinion acerca del juicio que hemos formado del mérito de los teatros de esta corte. Desde luego observamos (hablamos de los principales) que todos son pequeños respecto de la numerosa poblacion que hoy contiene en su recinto la capital de la monarquía española. Asi es, que en las noches que escitan interés las funciones que se representan cuesta dificultades inmensas la adquisicion de localidades, y solo se adquieren á fuerza de sacrificios pecuniarios, que ofrecen un vasto campo á la avaricia é inmoralidad de los revendedores, plaga que no hace mucho honor á la autoridad, á cuyo cargo está la represion de tan escandaloso abuso.

El del Circo, que es el mas capaz, ha quedado hoy rezagado en cuanto á su ornato, pues es fuera de toda duda que en esta parte le aventajan los de la Cruz y el Príncipe. Aquel, sin embargo, reúne en sus localidades la mas brillante sociedad de la corte, y es honrado con mucha frecuencia por el serenísimo señor infante don Francisco de Paula y sus augustas hijas. Las lunetas, aunque bajas de espaldas y duros los asientos, estan desahogadas y permiten pasar y cruzar sin molestia. Los palcos proporcionan á nuestras hermosas lucir sus esbeltos talles y los trajes y adornos con que se engalanan, ostentando ese tacto y esquisito gusto que se adquieren en la corte.

Las galerias alta y baja dan asiento á multitud de personas que, ya por no tener tiempo y gusto para vestirse, ó ya por no poder soportar el esceseivo gasto de otras

localidades, desean disfrutar de la mas honesta é instructiva de todas las diversiones.

La lucerna compite sin disputa con las mejores de Europa, y difunde una claridad admirable por todo el ámbito del coliseo.

Sentimos que el palco de la autoridad que preside no esté con el decoro que deseáramos. Cuando aquella se presenta en un espectáculo público, debe estar con dignidad, y de modo que nos haga formar de si una idea sublime y elevada.

No obstante el teatro del Circo, aunque retirado del centro será siempre el primero, y dejará atrás á los demas el dia que las muchas y graves ocupaciones del señor Salamanca le permitan dedicarse á mejorarlo, pues á estas causas, y no á otras, atribuimos se halle en el dia algo atrasado en su ornato respecto á los demas, puesto que en esta corte es bien notoria la esplendidez y generosidad de su dueño.

El de la Cruz es un juguete muy precioso, gracias á las no pequeñas sumas que ha invertido la empresa en mejorarlo, pudiendo asegurarse que ha tenido gusto y tacto para los adornos. Las lunetas estan muy inmediatas unas á otras y cuesta trabajo sentarse en la localidad que le ha cabido á uno en suerte, á la que tiene que pasar incomodando á los que estan colocados; pero esta molestia se compensa con la comodidad y lujo de aquellas.

El del Príncipe ha sido mejorado tambien, y se conoce que hay rivalidades nobles y laudables entre las empresas, que ceden en beneficio del público.

Hay ciertos sitios escusados en los tres teatros donde no se observa la limpieza que quisiéramos, y están tan mal situados, que se resiente la delicadeza de los señoras al ir á ocupar sus respectivas localidades. En el del Príncipe debiera hacerse salir á la aguadora que se coloca cerca del sitio en que se piden las entradas, ya porque molesta con sus atronadoras voces, y ya porque llena de agua el lugar en que se encuentra, en términos, que molesta á las señoras que tienen que re-

cogerse sus trages por no ensuciárselos. En el del Circo y la Cruz, no debiera permitirse que los hombres se proveyeran de sus necesidades en sus inmediaciones, ya porque estas escenas ofenden la vista y molestan el olfato, y ya porque hemos observado en el primero de estos últimos que las señoras para no mancharse sus trages, abandonan las baldosas y se dirigen desde la puerta á la plazuela en que está situado con inminente peligro de ser atropelladas por los caruages. A los guardias civiles debe encomendarse, en nuestro sentir, la correccion de estos abusos, y de esta manera se emplearán mejor que no en estar mirando en el sitio en que se dan las entradas, á los que nos dirigimos al teatro; pues bastaria un centinela en aquel.

Las compañías ya de ópera y ya de verso que trabajan en los tres, encierran en su seno muchas notabilidades europeas, y aunque no hemos estado en Madrid hasta ahora temporadas largas, creemos difícil que jamás haya gozado el público de la corte ratos mas dulces y expansivos que los que hoy les proporcionan los brillantes actores y actrices que diariamente recogen coronas y aplausos de un público tan ilustrado y justo como el madrileño.

Al hablar de los actores no podemos resistir la tentacion, á fuer de galantes y paisanos, de poner una hoja mas de laurel en la corona que ciñe ya las virginales sienes de la señorita doña Amalia Maiquez. Su hermosa y agraciada figura, su buena talla, sus ojos picarescos y andaluces, su aire noble y majestuoso, su andar desembarazado y con dignidad, y las felices disposiciones de que la ha dotado la naturaleza, le auguran un porvenir brillante, pudiendo asegurársele que agrada su bonita y dulce voz y que ya puede abandonar el temor y timidez cuando vuelva á presentarse en el templo de Talía, segura de que esta diosa le muestra su faz risueña y agradable y le reserva un lugar distinguido en sus altares.

Tampoco podemos resistir á la tentacion de dedicar algunas cortas líneas al

jóven de nueve años Galeazzo Fontana, á quien tuvimos la satisfaccion de oir en la noche del 19 tocar el arpa con una maestría impropia de su corta edad. Despues de concluir las segundas variaciones fuimos á verlo al vestuario, y nos enteramos de que este niño posee cuatro idiomas, y está dotado de un singular talento. Aseguida de hablar con él y examinarle, le dirigimos la palabra á su padre, y estando conversando con este, se quedó el niño profundamente dormido en una silla, y al retirarnos de su cuarto y al ver que continuaba entregado en los brazos del Dios del sueño, un poeta hubiera exclamado: «Duerme, niño inocente, mientras el templo de la inmortalidad te abre sus puertas; duerme, niño inocente, mientras yo velo para ponerte en la senda que conduce á la gloria; duerme, niño inocente mientras tu cariñoso padre contempla el brillante porvenir que te aguarda; duerme, niño inocente, mientras tu amorosa madre sueña en verte á estrechar en sus brazos; duerme, niño inocente, mientras yo lloro porque el público no te ha arrojado una corona, que estimule el genio de que te ha dotado el que vale mas y es mas poderoso que los hombres; duerme, duerme, niño inocente, mientras yo pido al cielo que tus virtudes iguallen á tu talento.»

JOSÉ DE SOUZA.





EL
EL DEFENSOR
DEL
BELLO SEXO



